

Esc. Carlos FERNÁNDEZ. Miembro del Instituto Histórico Municipal de Lomas de Zamora

HISTORIAS DE VIDA

ESQUINAS LÓMENSES, SUS PERSONAJES Y EL BARRIO: HOY NECOCHEA Y MITRE



Avenida Rodríguez (hoy Hipólito Yrigoyen) y Pereyra Lucena



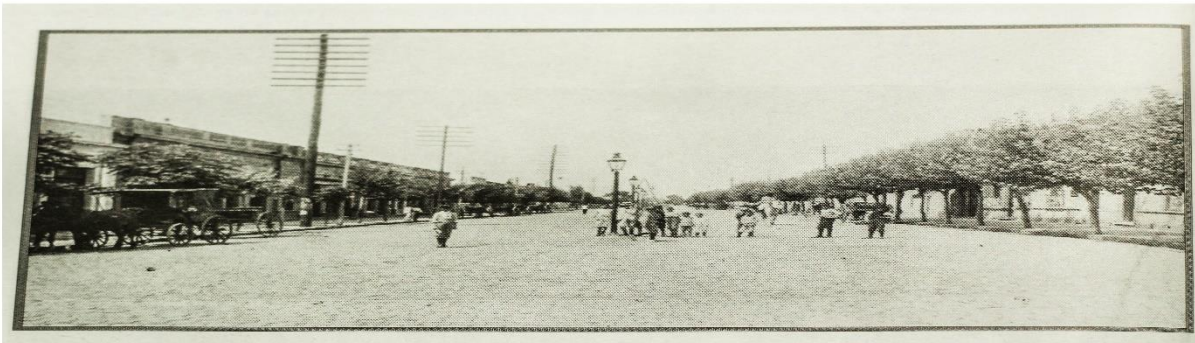
Fonda los "Vascos" en las esquinas de Boedo y Acevedo



Castelli y San Martín



Azara y Sáenz



Avenida Hipólito Yrigoyen en 1895.



Avenida Hipólito Yrigoyen en el 2014.

La cotidianidad de la mitad del siglo XX configuraba lugares, actitudes y afectos que eran una forma de vida, a través de un especial sabor del disfrute del tiempo propio, sin invasiones innecesarias como marca hoy la modernidad de este siglo XXI.

Trataba de obligaciones de trabajo o estudio con tiempos normales donde, las famosas ocho horas corridas en las fábricas o en dos turnos de cuatro horas en los negocios u oficinas, permitía que el resto del día o de la noche se constituyera en patrimonio de cada uno y con ello construir con el otro una sociedad de iguales, tanto en espacios públicos como privados, y no meros elementos productivos de una sociedad dominada por el consumo y las insolidaridades que, sin duda, pergeñan seres individualistas y aislados, aún de sí mismos.

Si bien es cierto que, las sociedades no se repitan y se configuran de acuerdo a los tiempos que le toca vivir, esta modernidad exhibe una ultra actividad para los que tienen trabajo, y de un desolado aislamiento social para los que no lo poseen. Falta, como ocurría en otros

tiempos, una ocupación plena para todos los integrantes de la comunidad, lo cual permitía que todos tuvieran trabajo y a la vez cada uno lo ejerciera racionalmente, con un adecuado equilibrio para la actividad y el tiempo libre

Pese a todos sus problemas, que los tenía como en toda época, le permitía ejercer sus libertades individuales en el sentido amplio del vocablo. Era libre, luego de sus tareas, de realizar todo lo que quería a su libre albedrío, sin que otra tarea le esperara a la salida de su primer trabajo. Quizá tenían menos ambiciones materiales, como la que hoy envuelve a todo hombre o mujer que vive en esta sociedad moderna.

Ello le permitía la charla distendida en el café, en el club, la esquina, el mate en el patio o disfrutar de una reparadora siesta, que como alguien decía, permitía dividir el día en dos partes, y retomar la segunda con todas sus fuerzas. Eso que hoy pareciera una quimera, ha comenzado a ser analizado nuevamente y muchas empresas, no por condescendencia, sino como herramienta de mejorar su producción, realizan experiencias de descansos intermedios entre las horas laborables.

Las esquinas, por antonomasia han sido sinónimo de barrio. En ellas no solo han recalado casas y negocios sino, principalmente han pernoctado esos vecinos que se cobijaban junto a sus viejas paredes con ladrillos a la vista y ventanas con añosas rejas, que daban lugar a zaguanes, refugio fiel de amores correspondidos.

Parecería sobredimensionarla señalado que se trataba de una escuela de vida, pero, analizada en el tiempo, la misma guarda todo un valor y experiencia de vida. En esa ochava o en ángulo de 90 grados pernoctaban mayores, y a su lado, protegidos por ellos, aparecían los más jóvenes realizando sus primeras experiencias fuera del ámbito familiar.

No era lugar de extravíos sino de desfile de todos los personajes barriales, y cada uno con su trasmisión de vivencias. Cada cual con sus propias experiencias las entregaba a los que se asomaban a la ventana de la vida.

Eran historias muy personales de cada uno de aquellos personajes. De proyectos. De frustraciones. De la charla cotidiana sobre el mármol de la vidriera del algún negocio que servía de guarida barrial, y sus personajes.

Aparecía el que quería llegar a ser cantor, siguiendo el derrotero de Carlitos, “vocalizando” junto a sus amigos, quiénes le hacían la música mediante instrumentos vocables, o el que quería ostentar en su espalda el número cinco, el nueve o el diez, emulando a los jugadores famosos del aquel entonces, sin olvidar al que quería ocupar el lugar de Tesorieri, Cozzi, Vacca, Graneros, Roma o Carrizo, o, como otros de aquello de “...trabajás, te cansás...qué ganás...”.

Tampoco faltaban las confidencias en las cuales se relataban las conquistas o desengaños amorosos, como la primicia de la formalización del noviazgo o el casamiento. Eran afectos compartidos por la barra de la esquina, como si el acontecimiento de cada uno de ellos fuera propio de los otros. Y lo era, porque todos compartían los éxitos y los fracasos. Solidaridades simples pero profundas.

Pero también la esquina era propicia para el piropo que glosaba estrofas rítmicas simples y diáfanas, nunca procaces, de acuerdo a las costumbres del momento, aún de los más vagos. También se convertía en lugar de “levante” entre los integrantes de ambos sexos barriales, la mayoría de los cuales llegaban posteriormente a formar nuevas parejas. Todo dentro de una normalidad que hoy, nuestras jóvenes generaciones, seguramente no entiendan, dentro de un contexto de agresión permanente, aún dentro del género afectivo o de los divertimentos, especialmente musicales.



En definitiva, la esquina era rincón de afectos que se complementaba con el escenario de las casas y negocios del barrio, y de otros hitos, como el buzón, que le daban color propio. Al describirlo, como formando parte del mismo, nos encontramos con el cordón que dividía grismente la vereda del adoquinado o del asfalto, al cual acudíamos para utilizarlo como asiento y ver el desfile que él presidía, y que tan significativa y afectivamente nos pintara Chico Novarro en su letra del tema homónimo.



Viejo cordón de mi vereda.../Paredón de suelas, tropezón de amor./Mientras nadie habla de vos/mientras nadie te recuerde /sos el costado que encierra/por derecha y por izquierda,/Un siglo de procesión.

Sos la escolta sin barullo,/de un barrendero y su orgullo,/de un trasnochado botón./Duro como el alma de un frontón/sos un penal, de curdas y mosquitos./Largo y pisoteado cinturón/de una ciudad que va creciendo a gritos.

Si te habrás mamado de alquitrán,/de pucho y celofán, de correntada,/panteón de rata enamorada/que cruza sin mirar, el callejón...

Sobre el almanaque de tu piel/corrió la miel, de trompos y monedas/viejo cordón de mi vereda./La luna y el hollín, te hicieron gris.

Contame un poco más, del tiempo aquel,/en que el tranvía te afeitaba/cuando la noche era un festín, de taco y de carmín/en la Enramada...

Hablame del zaguán, y el verso aquel,/que se llevó la alcantarilla,/sin en este mundo sin orillas

El único peatón son vos”.



También el cine supo reflejar su realidad en una recordada película de Alberto Castillo “La barra de la esquina”, y otros hombres de estas Lomas de Zamora, como nuestro querido amigo Alberto Fortassin, recordaba en un trabajo sobre nuestra realidad barrial, su esquina de Boedo y Almaguero y allí, además del relato de sus personajes, volcaba esos afectos en unos hermosos versos justamente a esa esquina.

Hoy, en este trabajo, recreamos otra esquina de estas Lomas de Zamora, en este caso, la del barrio de mi infancia, juventud y entrada la edad madura: Necochea, luego Yrigoyen y Mitre.

Llegué a ese lugar de Lomas de las manos de mis viejos, Enrique y Josefina. Veníamos de cerca, de Laprida al 330, y en la búsqueda de mejores condiciones, el “gallego” Fernández, mi viejo, había alquilado una casa amplia, con zaguán, negocio y dormitorio al frente, y luego otro dormitorio, comedor, baño, cocina, galería y un amplio patio, donde mi madre le dedicaba el diario amor a sus plantas, con frente a la entonces calle Necochea número 370 entre las de Colombres y Mitre. Al poco tiempo también llegaría mi hermana menor a la que le pusieron el nombre de María del Carmen, que de chica llamaban “Pocha” y que, con los años, en el Colegio Inmaculada Concepción, de la cual fuera alumna y profesora, la apodaron “Pinky”.

Ese barrio, como todos, tenía sus particularidades y sus vecinos. Así, hacia el lado de Colombres, dentro de la vereda par, lindero a mi vivienda, estarían unos departamentos en fondo y al lado, la propiedad del dueño de todo ello, que se llamaba don Juan Magoya. Le seguía una casona donde vivía la familia Marengo y luego un gran taller, donde se reparaban especialmente los colectivos “Cañuelas” de don Juan Lijak. Por último, la esquina la ocupaba el control, precisamente de la línea “Cañuelas”.



Esquina de Colombres e Hipólito Yrigoyen (ex Necochea) donde estaba la Parada del Cañuelas, el taller de Lijak y las casas de Marengo y Magoya

Cruzando la calle, sobre la misma vereda, estaba los “turquitos” del barrio, que en realidad eran sirios-libaneses, los “Elebi”, con su madre, Waiba la hermana mayor, y los hermanos Pedro, que vivía sobre Colombres, Adolfo, frente a la plaza Libertad, una hermana casada con Antonio Salomón que vivían en la calle Laprida casi esquina Sarmiento, donde don Antonio tenía también su negocio de tienda, “San Antonio”, que tenían dos hijos muy amigos, como Alberto y Osvaldito, y por último Salvador y “Jolito” el menor, ambos solteros. Un típico negocio de venta de peine, jabón...jaboneta, donde el barrio podía encontrar todo aquello que buscara, incluso ropa y, para los carnavales, los famosos disfraces de dominó.



La que fuera la esquina de los “Elebi” hoy con sus distintos negocios, entre ellos la verdulería “Los tres hermanos” abierta enfrente en 1941

Frente a ellos, en la vereda opuesta, en la esquina estaba la “Farmacia del Socorro” propiedad del idóneo don Florencio Solá, que también vivía en ese inmueble con su mujer y su hijo Jorge, que había llegado desde una zona del campo bonaerense, que pese a parecer hosco era una gran persona, para atender en cualquier hora a los vecinos. Casa por medio, se había mudado también hacia esos mediados de los “40” Don David Wosco y su familia, que había sido vecino en la calle Laprida, y a la sazón unos de los directores del diario “La Unión” junto con Grita. Un poco más allá, estaba la Gomería de los Gulla, con el padre y sus dos hijos, el mayor, el “Ñato” que en algún momento tuvo un accidente donde un aro de cubierta le dejó una profunda huella en su frente, que con el tiempo sería cronista deportivo y general de La Unión y luego empleado municipal, y el menor, que jugó en la

primera de Temperley y Los Andes, que luego se casaría con la hija de Álvarez, uno de los dueños de la Panadería La Nueva, y trabajaría en la misma.



Esquina de Colombre e Hipólito Yrigoyen (antes Necochea) donde estaba la Farmacia Del Socorro, la Administración de La Unión y la Gomería Gulla+

Luego venía la Escuela No 9 “República Oriental del Uruguay” viejo edificio de finales del siglo XIX, en la cual cursé la primaria, junto a recordados y queridos amigos como Ricardo Quercia, Jorge Direse, Alberto Aducci, Carlos Ospital, Ambrosio Gutiérrez, Guillermo Chiesa, Jorge Fazio, Jose “Chuchi” Ricagno, Jorge Pisani, Carlitos Di Palma, entre otros, y que aún se mantiene enhiesta, cumpliendo su función formadora, y lindero a la misma la zapatería de la familia Parnetti.



Escuela Número 9 República Oriental del Paraguay

Inmueble donde estaba la zapatería Parnetti

Volviendo sobre nuestros pasos, sobre la misma vereda y cruzando la calle nos encontrábamos con un restaurant donde concurrían la mayoría de los conductores de los “Cañuelas” y que con el tiempo funcionaría una famosa casa de comida llamada “Las lomitas” (adelantándose a los tiempos). Lindero a ello una famosa verdulería “Los tres hermanos”, abierta desde 1941, de un gran nivel para la época, la cual hoy continúa funcionando, a través de sus descendientes, en un local más chico, precisamente en parte de lo que fuera la esquina de los Elebi.



La casa de la familia de Irineo López, la de Departamentos de Codecido y Quercia y en la esquina con Colombres la Casa de Comida “Cañuelas”

Lindero a ese local de comidas estaba un gran chalet, propiedad de un comisario y a continuación la casa de la mamá de Pedrito Villaro que era la librería y juguetería del barrio. Luego venían otras propiedades, entre ellas una casa de alquiler donde en su frente vivía con sus padres el que sería el abogado Héctor Codecido. En el departamento del medio vivía Adolfo Quercia, capataz de la fábrica Alpargatas, gran amigo de mi viejo, por supuesto radical y de Los Andes, con sus hijos Ricardo, de mi edad, íntimos amigos y compañeros del primario y su hermana menor, de la misma edad de mi hermana.

Inmediatamente venía la casa de los López, con Irineo el hermano mayor, mecánico y su hermana “Pituca” que, con el tiempo habría de casarse con el “Nano” Rosseti, también hombre del partido, que sería Tesorero del Nuevo Banco Italiano. Por último la esquina con Oliden estaba ocupada por un gran negocio de artículos de electricidad y ferretería denominado “González y Crespi” que a fines de la década de los “60” sería también negocio de venta de coches usados, que habían instalado González, junto con don Tomas Duhalde, el padre del “Negro” y el “Loco” Avelino Ríos, del que hemos de ocuparnos.



Esquinas Yrigoyen (antes Necochea) y Oliden donde estaba el gran lote de terreno baldío y la Casa de Materiales de González y Crespi

Cruzando Oliden, nos encontrábamos con un gran terreno baldío en el cual funcionaron calesitas a caballo y luego eléctrica, con la música “calesitera” de don Alfredo De Angelis y del cantor de boleros Gregorio Barrio y a la cual también llegaban los más importantes circos de la época, además de haber sido también potrero de fútbol para los chicos del barrio.

Continuando por la calle Oliden, en el número 74, se levantaba un gran galpón donde funcionó el estadio de boxeo “Lomas Park” de gran resonancia en dicha época, el que fuera inaugurado en octubre de 1950. Allí bajo el comando de don Jaime Rodríguez y el “Japonés” Miacagua se presentaron boxeadores de renombre nacional e internacional.

Pero el estadio también tuvo distintos honores para la época como fue transmitir por la recién inaugurada televisión oficial, canal siete, la primera pelea que llegó por esta nueva forma de comunicación, y, aún, cuando eran pocos quienes disfrutaban de tener un aparato, los escaparates de los negocios de Lomas le daban una mano a quien no podía verlo en sus casas.

Allí habría de presentarse el “Negro” Federico Thompson, que peleó con Lausse por el título nacional y también la última actuación del “Mono” José María Gatica, un 6 de julio de 1956 donde ya, casi alejado de los ring y bastante maltrecho en esa disipada vida logró sin embargo ganar por abandono en el cuarto round a un desconocido Jesús Andreoli que ya venía de 8 derrotas consecutivas. Pero esa noche sería recordada también por dos situaciones, la primera haber sido la velada con más público y la segunda y definitiva para el local, fue su cierre por haber desoído la orden provincial de no realizar la pelea de Gatica, lo que llevó a la suspensión tanto del boxeador como del estadio.



Pero también las luces de ese cuadrilátero vieron a muchas figuras locales como Miguel Ángel Botta, que llegó a campeón panamericano en Chicago, en los EEUU, y cuando ingresó en la categoría profesional alcanzó el campeonato argentino de los gallos. Pero había otro boxeador local al que todos admiraban y aún algunos recuerdan, Adalberto “Bolita” Ochoa, una especie de Nicolino Locche local, quien enfrentó a Pascual Pérez, y que venía de haber sido campeón sudamericano en 1947. Otro recordado boxeador local fue también “Espinaca” Pons con un estilo de peleador a lo Bonavena o Víctor Galíndez.



Edificio donde funcionó en 1950 el estadio boxístico “Lomas Park”

Retomando Necochea, cruzando Sixto Fernández, estaría la vieja quinta de los Paranetti-Agosti que los hermanos Carlitos y Antonito Agosti habían donado a su querido Club Atlético Los Andes, como antes lo habían hecho con otra de sus propiedades sobre Colombres, a pocos metros de Necochea, a favor de la Unión Cívica Radical, donde aún funciona el Comité de Partido y en aquella época se trasladó el diario “La Comuna”, vocero de la agrupación que antes lo hacía en Laprida al 336, por cuya redacción pasó mi querido amigo el Escribano Néstor Onsari.

También deberán recordarse las veladas de boxeo en esa vieja quinta del club donde en el centro de la misma que, también servía para jugar al básquet o al “baby” fútbol, se levantaba, todos los viernes por la noche un ring, compitiendo con el “Lomas Park” y que, detrás de la vieja casona, se había construido un gimnasio donde entrenaban los boxeadores del club, bajo las órdenes de profesor Astarita, que fuera padre del enorme músico de jazz Néstor Astarita, uno de los mejores bateristas del país y reconocido en el mundo, que en su tiempo tocara con el “Gato” Barbieri y otros grandes del jazz mundial.



Sede del Club Atlético Los Andes, en la hoy Avenida Hipólito Yrigoyen, antes Necochea, entre las de Sixto Fernández y Ramón Falcón

Retornado a mi casa de Necochea 370, donde mi viejo tenía su negocio de electricidad el que precisamente se denominaba “Electricidad Lomas” junto con su socio Julio Flores, era una pequeña empresa familiar que atendía a la mayoría de los constructores de la época, como sus amigos Narciso y Tito Maffoni, o los Ricagno, Vallarini y Vago, Romanó, Paternó

y muchos otros, donde aún en algunas casas, de las pocas que van quedando en pie, se pueden ver sus respectivas insignias constructivas.



Frente del negocio Hipólito Yrigoyen 9370 (antes Necochea 370) que ocupara "Electricidad Lomas") y del Taller de Avelino Ríos

Lindero a ella, estaba el taller del "loco" Avelino Ríos, que vivía en la calle Piaggio, cerca de don Tomas Duhalde, que ostentando ser corredor, nunca llegó a serlo. Sus coches salían derrapando desde ese taller en una calle que, a principio era adoquinada, con un bulevar en el medio, desde Mitre hacia el Sud, y que a los pocos años fue convertida en la famosa avenida Perón totalmente remodelada y con pequeños adoquines, en la que, mientras se la construía servía de cancha de fútbol para los muchachos del barrio. También recuerdo un famoso viaje que hicimos al norte del país con Avelino, su mujer y su hija, junto a mis viejos y mi hermana, todos dentro de su automóvil que en su frente ostentaba innumerables faros que lo hacían famoso en la época.

Siguiendo hacia la esquina, a la cual volveremos y cruzando Mitre, estaba una persona mayor que vivía con su mujer al cual llamaban "el Jorobado", hombre bajito y precisamente con una enorme joroba que tenía la particularidad de que en su casa estaba instalado un surtidor de nafta con el que se proveían los coches del barrio. Luego con el tiempo, pegada a dicha propiedad habría de funcionar la famosa casa de elástico de los "Carnelutto" y frente a ella había otro taller, el de Mario Calcaferro.



Esquina de Mitre e Yrigoyen(anes Necochea). Inmueble donde existía un surtidor de nafta y lindero Elásticos Carnelutto

Y en ese devenir volvemos a encontrarnos con la ochava de Necochea y Mitre, nuestra querida esquina, donde vivían y trabajaban los "González", con su vivienda, pero,

principalmente con su boliche de barrio, que saciaba el hambre del caminante, eso siempre y cuando tuvieran ganas don González y el “Nano”, su hijo mayor, al cual los muchachos del barrio llamaban “escansa fatiga”.



Frentes del taller que ocupa Avelino Ríos (Galeno) y de la esquina de los González (actualmente Neumáticos)

La casa de los González, lindera al taller del “loco” Avelino Ríos, comenzaba, sobre Necochea, con una pequeña entrada con una reja por la cual se accedía, luego de un pasillo descubierta, con plantas, para llegar al centro de la propiedad, donde estaban las distintas habitaciones y principalmente, el alma de la casa, la cocina, donde la esposa de González era el alma mater, con la ayuda de su hija Tita, de ese inmueble que conocíamos como la “Fonda de González”.

Como digresión al tema central, también deberemos recordar que el citado taller era un lugar de mucho trabajo diario, donde Avelino, en algún momento, tuvo un socio, el “flaco” Palagani, que corrió en diversas oportunidades en el famoso y querido Turismo Carretera de aquella época, especialmente en las recordadas “Mil millas” que, precisamente pasaban por la avenida, desde Avellaneda en el ACA. Como también solía ocurrir, a las largas tareas del día, dedicado a la reparación de coches de terceros, continuaba la preparación del coche de carrera, que se convertía en el coche del pueblo, con el que colaboran todos los amigos, desde aquellos que ponían mano a las distintas partes del vehículo hasta los que preparaban algo de comer o simplemente cebaban mate.



Mientras ello ocurría, en la casa de los González se comenzaba a preparar la comida que habría de proveer de distintos platos a todos aquellos que concurrían al establecimiento, al cual se accedía por la ochava de Necochea y Mitre.



En el amplio interior del negocio, que además del mostrador con estaño dejaba ver a través de un enrejado sobre el piso un amplio depósito, se servían, principalmente en sus mediodías, suculentos platos siempre atendido por la familia González. La misma estaba integrada por el padre, el “Gallego” González, de pocas pulgas y además escasas ganas de trabajar el cual al entrar algún cliente lo miraba con cara de pocos amigos y le espetaba con desdén “¡Qué querés querido!”. Sin embargo, ello era compensado por su mujer una sacrificada trabajadora que trajinaba permanentemente en la cocina para abastecer los distintos platos que exigía el servicio.

La familia se completaba con cuatro hijos, tres varones y una mujer. El mayor “el Nano” que colaboraba en el servicio del comedor familiar tampoco era muy afecto al trabajo; luego venía la mujer, “Tita”, le seguía “el Japonés” un muy buen muchacho que trabajaba en un banco y que falleciera siendo aún muy joven.

Dejo para el final al menor, “Coquito”, que trabajaba en un negocio de venta de repuesto de automóviles y que a fin de mes entregaba la totalidad de todo su salario a “la vieja”. Pero “Coquito”, que era de una inmensa ternura, tenía una debilidad, propia de la época, era fanático hincha de Banfield, o más que eso, era uno de los mandamás, junto al “Nene” Capi, de la hinchada del club de sus amores, en la década del “50”, donde se convertía en una persona distinta al de todos los días, enfrentando con sus manos, como única arma, a la brava policía montada de aquellos tiempos.



Sin embargo, jamás tendrían las malas artes de las actuales barras bravas. Pero un día se dio cuenta de lo peligroso en que se convertía cuando entraba a una cancha y luego de un partido contra Argentino de Quilmes donde había intercambiado fuertes golpes contra otro hincha al cual le produjo lesiones en ambos maxilares, decidió no volver a pisar una cancha de fútbol.

También fue, en muchas ocasiones, una especie de director técnico de los equipos de “baby fútbol”, el “Lomas Junior”, del barrio y aún de algún equipo cuando interveníamos en los campeonatos infantiles “Evita”, del cual también era DT improvisado el “Gordo” Pirulo Carón, que vivía en la casa familiar, sobre Mitre casi llegando a Italia y que trabajaba en Transporte de Buenos Aires, pero que, además fuera un contrabajista de aquellos tiempos en orquestas de barrios.

Su hermano, el “Cholo” Carón, había sido violinista, por más de 20 años, en la orquesta de don Alfredo De Angelis, el “Colorado” de Banfield, y que también, en la década de los “70”, frente a la sede de Los Andes tuviera un famoso restaurant llamado “El pollo al guante” donde la especialidad de la casa era comer el pollo con guantes de plástico que se entregaba a cada comensal. Allí, los amigos de mi viejo, cuando me recibí, aprovecharon para agasajarlo en ese lugar al amigo que, con mucho esfuerzo había tenido un hijo “dotor”, como en la obra de Sánchez.



Foto de la participación en los campeonatos Evita. Cancha de Banfield



Esa esquina tenía dos grandes vidrieras, una sobre Necochea y la otra por Mitre. El mármol de la primera alumbraría nuestra formación en la vida según las distintas etapas. Primero desde niño, en los juegos de quienes vivíamos en el barrio y luego en la adolescencia donde se nos permitía estar junto a los muchachos mayores, los cuales serían el marco de referencia, de contención y de conocimiento de la calle, donde todos ellos se constituían en nuestros hermanos mayores.

Allí, en sus anocheceres, pernoctaban distintos personajes, algunos de los ya señalados y otros como “Coquito” Greco, que siempre vivió en Sívto Fernández entre Necochea e Italia, el cual trabajaba en “Casa Corda” sobre la avenida Meeks, entre Laprida y Gorriti, una conocida casa de ropa hoy desaparecida.

En una de esas calurosas noches de verano, nos relataba que, trabajando en otra casa de ropa en el barrio de Boedo, no midiendo la responsabilidad que su dueño le había confiado, mientras él salía, de estar al frente del negocio cuando se ausentaba, se trasladaba hacia la vereda para fumarse un puchito y ver pasar a las chicas del lugar, lo cual le valió, primero la reprimenda y luego el despido, mientras el dueño le recordaba la letra del tango de Homero Manzi “Sur” “..Ya nunca me verás como me vieras,/recostado en la vidriera/ y esperándote”. Cosa de jóvenes de esos tiempos pero que tenían límites y ello los marcaban.

Además, fue futbolista que llegó a jugar como arquero en el equipo de primera de las mil rayitas, pero “Coquito” era también hombre de tango y bailaba muy elegantemente, como lo hacía ya siendo hombre de edad, junto con su esposa, bailándose unos tanguitos en la Casa del Abuelo, con Alberto Fortassín al frente, donde funcionaba el Círculo de Amigos del Tango Rafael Rodríguez Baena, además de poseer un tono grave de voz que le permitía entonar muy bien y ser locutor en las reuniones boxística en la sede del club Los Andes.

También estaba “Pedrito” Villaro que trabajaba en la “Casa San Martín” en la calle Laprida al 200 dedicada a indumentaria y artículos de deporte, el cual vivía frente a mi casa, junto a su madre, y que, además de ser era un ciclista que competía en carreras de la zona, tenía la colección completa de “El Gráfico”; en tanto su madre era la dueña de la juguetería-librería al frente de su casa. En distintas ocasiones, ya más grande, iríamos junto con él y otros amigos en bicicleta hasta San Vicente, acompañándolo a entrenar.

Pero los concurrentes no se agotaba en ellos, además, concurrían el Profesor Brignardelli o “Salernito” al que los muchachos hacían cantar, que era una especie de adelantado del “flaco” de la “Bicicleta Blanca” que muchos años más tarde diera a conocer don Horacio Ferrer, ese con botamangas del pantalón bien metidas en las medias, y en lugar de su boina, portaba siempre sombrero...” todos, mientras tanto, en la veredas/revolcándonos de risa/lo aplaudíamos a morir/ y él con unos ojos de novela/Saludaba, agradecía y sabía repetir...” y como señala Horacio para su poema, nosotros, cuando Salernito entonaba, como podía, “Volver” u otro tema de Gardel... siempre le pedíamos una más y así llegaba la hora en que todos debían volver a sus casas, pues al día siguiente había que ir a trabajar o estudiar. Todo era simple y sin mayores malicias, propio de esos tiempos.

Eran también tiempos de enfrentamientos políticos en el país. Esa década de los “50” dejarían enormes enseñanzas en nuestras vidas, pero, aún con algunas chanzas cuando pasaban los camiones por la avenida que llevaban los adherentes del “General” para algún acto, la diferencia de creencias políticas no impedía la relación fraterna entre los vecinos del barrio, siempre solidarios cuando había que ayudar al otro.

Hoy, en las vueltas de la vida, uno puede agradecer haber recibido esa escuela de vida que, junto a todos los demás ejemplos recibidos, se tratase de la familia, de la escuela o de los amigos, nos ha permitido transitar coherentemente por los difíciles y contradictorios caminos de la vida.

Lomas de Zamora, Junio de 2019

www.laidentidad.com.ar (se puede acceder en forma gratuita a los trabajos de la página)

